

LECTURAS Y RELECTURAS

RAFAEL REIG

LA CRUZ Y LA USURA



El ciclo de vida de una novela es hoy tan breve como el de una lombriz o el de esa mosca del vinagre que tan valiosos servicios presta a la investigación genética pero no alcanza los dos meses de vida. Algunos libros mueren como larvas, en su crisálida, sin que los libreros lleguen a desempaquetarlos antes de la devolución; otros, los adultos de la especie, aguantan dos semanas con la portada a la vista en la mesa de novedades; y al final todos sucumben en una agonía que comienza en cuanto no se ve la cubierta y solo enseñan el lomo en los estantes.

Así las cosas, es muy de agradecer el esfuerzo de editoriales como Sloper por dar esa segunda oportunidad a novelas que han pasado inadvertidas, sin ser todavía clásicos, pero que ya han dejado de ser novedades (sean rabiosas o como esos perros que no hacen nada y solo quieren jugar). Por ejemplo, este año, han reeditado *La deuda*, de Felipe Hernández, publicada por primera vez en 1998.

No es que Hernández haya sido un autor clandestino: en este suplemento recibió el aplauso de José María Pozuelo Yvancos y Juan Manuel de Prada. Decía Pozuelo que «tiene un talento formidable» y «se convertirá en referencia inexcusable de la renovación narrativa española», y no se quedaba corto Prada ni tampoco, en otros medios, Ayala-Dip, Basanta o Sanz Villanueva, que afirmó: «Una obra de esta envergadura emocional, intelectual y artística atenúa todas las suspicacias que actualmente se extienden sobre el porvenir de la novela. El peligro será muy relativo mientras existan narradores con la hondura y la capacidad de riesgo de Felipe Hernández».

Los críticos, por tanto, cumplieron con su deber, pero poco pueden frente a un sistema literario cuya piedra angular es la venta masiva del *best seller* que se ponga de moda, tal y como nos fuerzan al consumo del último chirimbolo electrónico. Si la lectura pretende satisfacer en la imaginación necesidades reales, el mercado avanza en dirección contraria: se propone obtener beneficios reales, contantes y sonantes, creándonos necesidades imaginarias.

La deuda no es ni costumbrista ni cosmopolita y eso sin duda le ha perjudicado. Se trata de una narración con una sencillez y un espesor de corte kafkiano con algún ribete a lo Dostoievski.

Un tal Andrés Vigil va a pedir una prórroga al prestamista con el que ha contraído una deuda para comprar un vio-

lonchelo. En la oficina encuentra a Godoy, que tortura al prestamista (le clava las manos a la mesa), se deshace de él y ocupa su lugar como acreedor. Los intereses aumentan y Andrés no tiene más remedio que convertirse en criado de Godoy para saldar la deuda.

Andrés había vivido hasta entonces una existencia tan precaria como su empleo de delineante, porque «¿cómo habría podido prever que las nuevas leyes laborales» le dejarían sin contrato fijo? Se trata de la misma reforma del mercado laboral que emprendió el PSOE en los ochenta y culmina ahora el PP. Con la hipoteca pendiente, su vida conyugal y personal está haciendo aguas, cuando comienza a sentir la invencible fascinación del siervo hacia Godoy, el amo que le tiraniza.

En mi opinión, lo que hace Felipe Hernández es una reflexión narrativa sobre el conocido capítulo IV de la *Fenomenología del Espíritu*, de Hegel, en el que desarrolla la «dialéctica del amo y el esclavo». Así, Andrés Vigil solo adquiere conciencia de sí mismo al reconocer, fuera de sí, la autoconciencia de Godoy, con quien debe enfrentarse en una lucha a muerte, empeñados ambos en ser el sujeto frente al objeto. Es una novela por tanto sobre la libertad humana (sus condiciones de posibilidad y sus límites).

Así contado, no parece como para pedir *pizza* por teléfono y quedarse en casa leyendo. Por eso digo que se trata de una dramatización a lo Dostoievski: entre leer a Nietzsche y leer *Crimen y castigo* hay la misma distancia que entre leer a Hegel y leer *La deuda*: vale la pena pedir *pizza* y quedarse en el sofá con esta novela de terror.

Sobre el cimiento hegeliano, la novela construye un relato de resonancias bíblicas, que gira en torno a dos polos: la crucifixión (literal, con martillo y clavos en manos y pies) y la usura; la entrega y el beneficio; el sacrificio liberador y la esclavitud de la culpa, que aumenta como el interés de una deuda.

Como el Dios del Sinaí, Godoy es un amo despiadado, pero justo; inescrutable, pero no arbitrario. Al menos a los ojos de su siervo, que se entrega agradecido para ser dominado y redimido. De otro modo, cuando llegue a saldar su deuda, «podrá irse de aquí», pero «estará solo y su vida no tendrá sentido». Esa es la pregunta que nos hace la novela: ¿preferimos ser libres y enfrentarnos solos al ruido y la furia, a la nada; o preferimos la servidumbre voluntaria a cambio de sentido, orden y protección?

**ES DE AGRADECER
EL ESFUERZO DE
EDITORIALES QUE
DAN SEGUNDAS
OPORTUNIDADES
A ALGUNAS
NOVELAS**